

especie de guerra. Mas, como quiera que representaba Leon VIII la usurpacion de las atribuciones del pueblo por el César, los romanos, adheridos á sus privilegios, eligieron á un sabio gramático y lo designaron con el nombre de Benedicto V. Saberlo Othon y lanzarse con gran ejército sobre Roma fué toda obra de un momento. Así bajaba de los Alpes, seguido por los suyos, como suelen bajar los lobos hambrientos en los días rigurosos de invierno desde las alturas á los valles y á las viviendas. Borró los caminos, taló las campiñas, quemó los caseríos, puso estrecho cerco á la ciudad rebelde y mutiló ó mató á cuantos enemigos cayeron en sus manos. El Papa, muy pagado de su nueva dignidad y queriendo salvarla á toda costa, de vez en cuando aparecía en los muros con todas sus insignias y concitaba al pueblo á la defensa con toda su autoridad. Y el pueblo, que hubiera querido salvar á su hechura y defender su prerogativa, no tuvo bastante fuerza y se entregó al sitiador. El desventurado nuevo Pontífice se vió por la necesidad constreñido á presentarse ante uno de aquellos conclaves de Obispos, que degeneraban en verdaderos conventículos de conjurados, á dar sus descargos y sus disculpas bajo el peso de injurias y amenazas inenarrables. El presidente, al verlo entrar con todas sus insignias, le preguntó qué derecho le asistía para arrogarse y revestirse aquellas sacras preesas reservadas á los elegidos por la Iglesia y visitados por el Espíritu Santo, como Leon, por el mismo Benedicto V propuesto y votado. Los ojos del pobre Papa así acusado se oscurecian, rechinaban sus dientes, temblaban sus carnes, retorciáanse sus miembros, y volviendo á todas partes las manos suplicantes, pedia olvido, perdon, piedad, gestos acompañados de tristes y lastimosas palabras. Y como Othon apartara la vista, por no mirar tanta vergüenza, tomando por ira su compasion, arrastróse á sus piés con humildad increíble y abrazóle las rodillas con temblor casi epiléptico. Tanto rogó que el César intercedió por aquella víctima. Pero Leon VIII le rasgó las vestiduras con la furia de los sacerdotes del Sanhedrin en presencia de Cristo; le arrancó de las manos el báculo y rompiéndolo en pedazos se lo arrojó á la cara; lo dejó despojado de todas sus insignias y tendido en el suelo como si castigara á un perro; y por no disgustar al Emperador, que en su pro intercedía, trocó en destierro perpetuo la pena de muerte. Así el Pontificado se asemejaba en este siglo décimo al Imperio romano en los peores tiempos

y se perdía en esta sirte de horribles sublevaciones sin número y de mutuas irreverencias sin motivo. Muerto al poco tiempo Leon VIII, no osaron los romanos elegir nuevo Papa, y remitieron la designacion de sucesor al César, pidiéndole que les devolviera Benedicto V, bajo su mano imperial cautivo en la triste ciudad de Hamburgo. Mas el 1.º de julio del año 964 moría Leon y el 4 del mismo mes y en el mismo año moría Benedicto. Catorce meses seguidos estuvo vacante la sede pontificia. Y por fin se eligió á un Obispo de Narni, el cual llevó el nombre de Juan XIII. Apenas elegido, estalla una conjuracion que lo depone del trono con violencia y lo encierra con precipitacion en la histórica tumba de Adriano. Nueva injuria esta vez al nombrado bajo las ordenanzas de Othon y nuevo descenso de Othon á Roma. La crueldad mas implacable acompañó á este nuevo castigo de otra nueva tentativa romana. Los cónsules fueron trasportados de la apacible Italia á la desapacible Germania; los doce capitanes del pueblo muertos en afrentoso patíbulo; varios corifeos desposeidos de la vista y atormentados en crueles tormentos; el prefecto colgado de los cabellos al pié de la estatua ecuestre de Marco Aurelio; la ciudad entera dada á saco; y muchos de los habitantes pasados á cuchillo. Se castigó con burlas peores que el tormento á dignatarios puestos desnudos en burros de cara á la cola, obligados á tocar una campanilla que llamase sobre ellos la atencion y la risa, ceñidos de adornos semejantes á los que llevan los salvajes en sus rapadas cabezas; llevados de calle en calle, entre dicharachos y voceríos, asesinados en su honra y en sus almas. No se perdonó ni á los cadáveres, pues el *vestiario* Rofredo fué, despues de muerto, extraido de su sepultura y arrojado fuera del recinto de la ciudad. Imposible dudarse ya por todas estas demostraciones que se hallaba fundado, y fundado definitivamente, el Imperio.

Antes de morir Othon I ciñóse la corona imperial, y recibió la consagracion católica, su hijo y heredero el emperador Othon II. Será falta del principio hereditario; será obra de la casualidad y de las circunstancias; pero no puede dudarse que así como el primogénito del primer Carlo-Magno, Luis el Pio, no correspondió á la grandeza de su padre; el primogénito del segundo Carlo-Magno tampoco supo corresponder en la medida necesaria á la grandeza y al valor de Othon el Grande. Dos mujeres llenaron su reinado; primero

su madre, aquella hermosísima Adelaida, viuda de un rey italiano, célebre por sus desgracias históricas, y casada con el Emperador de Alemania, con aquel excelso fundador del Imperio latino-germánico á cuya gloria contribuyó ella poderosamente con su peregrino ingenio y con sus gracias personales. La otra mujer era la célebre Teofania, princesa bizantina, digna de pertenecer á la Grecia antigua, tanto por su inspiracion como por su belleza. Nacida y criada en los palacios imperiales, á las orillas del Bósforo que debe exaltar la fantasía con sus flores y con sus cielos; horrible hado pesó tristemente sobre su juventud, oscureciendo los dias mas hermosos de aquella tierna existencia. Vió á su padre envenenado por su madre. Vió á su madre pasar á los brazos de Nicéforo y de los brazos de Nicéforo á los de su propio asesino, Zimisces, el cual relególa sin consideracion y sin piedad de ningun género á triste soledad, de donde no creyó nunca salir, y mucho menos para colocar sobre su frente un fragmento de la antigua corona cesárea, ceñida en tiempos mas felices por su bella patria, la maravillosa ciudad de Constantino. En pleno siglo décimo, bajo el universal terror entre aquellas hordas todavía señaladas con las sombras de la barbarie, sobre el trono de la oscura Sajonia por cuyas selvas aullaban los carniceros dioses de los combates y de las matanzas; esta princesa oriental, vestida con la púrpura asiática, realzada por los zafiros bizantinos, sonriente como una diosa antigua, de encendida sangre y de exaltada imaginacion, brillaba como un recuerdo de los tiempos clásicos ó como un albor del Renacimiento, anticipado cinco siglos por esas adivinaciones extrañas y esos extraños presentimientos que brotan en el corazon de la mujer, verdadero y misterioso oráculo de la historia. Estas dos mujeres, Adelaida y Teofania, ejercieron por medios ciertamente mas puros y mas legítimos, pero no menos eficaces, en el Imperio, la misma influencia que ejercieran las Marozias y las Teodoras en el Pontificado. Madre de Othon II Adelaida, abuela de Othon III; pues su hijo se malogró bien pronto; disputó el poder con grande empeño á Teofania, esposa de Othon II y madre de Othon III. Tenia esta, ora fuese por su cuna, ora por su raza, ora por su educacion trágica en los dramas sangrientos de los palacios imperiales, mayor inclinacion que su ilustre suegra ciertamente á las artes y á la política, brillando por consecuencia con mayor y mas esplendoroso brillo. Adelaida sos-

tuvo el poder propio de su condicion y de su estado, mientras vivió su nuera Teofania, por rivalidades comprensibles en la naturaleza humana, que, engañándose sobre su propia condicion, prefiere, sin quererlo y sin saberlo, el combate á la victoria. Pero muerta esta poco despues que su marido Othon II, Adelaida dejó doblemente huérfano á su nieto Othon III, y se dió resueltamente á la vida eclesiástica, á errar de monasterio en monasterio, á pedir de altar en altar por su salud perdurable, á recoger reliquias, á recluir su sentimiento en la penitencia y en el cilicio, á esperar la sentencia última de Dios, pareciéndose á esas estatuas que se levantan aterradas en los pórticos de las tristes iglesias bizantinas, con la oracion en los labios, la esperanza en los ojos, y la penitencia en el cuerpo. Una y otra, las dos mujeres Adelaida y Teofania brillaron al mismo tiempo y ejercieron con suerte igual soberana y merecida influencia.

Muerto Juan XIII, eligióse Papa á Benedicto VI bajo el poder incontrastable de Othon I. Y muerto Othon I poco tiempo despues, creyéronse los romanos libres de la tutela germánica, conspiraron, pusieron bajo llave al Papa en el castillo de San Angelo, y allí lo estrangularon. En seguida, escogieron á un oscuro diácono, exaltáronlo al trono, y pusieronle por nombre Bonifacio, siendo de los Bonifacios el séptimo. Apenas nombrado, recoge los tesoros de las iglesias romanas, huye de Italia y desembarca en Constantinopla. Y aquí aparece uno de esos hombres extraordinarios que, de vez en cuando, aborta Roma en la Edad Media, patricio por su origen como tantos tribunos antiguos, republicano por conviccion y por temperamento; en los campos, valeroso; en los consejos, prudente; si largo en palabras no menos en hechos; recuerdo de los Gracos, albor ó presentimiento de los Arnaldos y de los Rienzis. Pertenecia Cencio por su sangre á las familias nobles, por su cuna á la region sabina, por su culto á esa gran Roma de todos los tiempos, ciudad sublime, nunca fatigada de engendrar héroes y mártires. Naturalmente, viendo avergonzado las infames acciones de los Papas, y sujetándose con dificultad al yugo extranjero, este hombre, llamado Crescencio, y por abreviatura Cencio, debia pugnar por la reivindicacion de las instituciones republicanas, únicas capaces de sustituir al gobierno de los emperadores y de los Papas, por lo mismo que á aquellos se sujetaban estos con tan rigurosa